

de los lazos indisolubles que os uniesen conmigo.

Luego que hayais leído esta carta, quiero volver á veros ; mi impaciencia me conducirá hácia vos, y al miraros sabré mi suerte; la desgracia es veloz, y el corazon, aunque tan débil, no debe engañarse en las funestas señales de un destino irrevocable. Adios.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

LA DESPEDIDA DE ROMA Y EL VIAJE A VENECIA

CAPITULO I

Con profunda sensacion leyó Osvaldo la carta de Corina. Agitábale una mezcla confusa de diversas penas ; ora ofendido de la pintura que hacia de una provincia de Inglaterra, y pensando entre sí con despecho que jamas podia semejante mujer ser feliz en la vida doméstica: ora compadecido de sus pesares, y sin poder ménos de amar y admirar la franqueza y la sencillez de su narracion. Sentíase tambien celoso de los afectos que habia tenido ántes de conocerle, y cuanto mas procuraba disimularse á sí mismo aquellos celos, mas le atormentaban ; en fin, la parte que su padre tenia en su historia le

afligia amargamente, y era tal la angustia de su alma que ya no sabia lo que hacia ni lo que pensaba. Salió con precipitacion á mediodía, y con un sol abrasador : á estas horas no hay nadie en las calles de Nápoles , el miedo del calor obliga á todos los seres vivos á mantenerse á la sombra : encaminóse hácia Pórtici, andando sin objeto, y los rayos ardientes que caian sobre su cabeza excitaban y confundian sus pensamientos.

Corina, en tanto, despues de esperar algunas horas, no pudo resistir á la necesidad de ver á Osvaldo : entró en su aposento, y no hallándole, le causó su ausencia un terror mortal : vió encima de la mesa de lord Nelvil su manuscrito, y no dudando que le habria leído ántes de salir, pensó se habia ausentado del todo, y no le volveria á ver mas. Entónces se apoderó de ella un dolor insoportable; quiso esperar, y cada instante la consumia; paseaba presurosa por su aposento, y luego se paraba de repente por no perder el mas leve rumor que pudiese anunciar su vuelta. En fin, no resistiendo mas á su afan, bajó para preguntar si habian visto pasar á lord Nelvil, y hácia qué parte se dirigia. El dueño de la posada respondió que lord Nelvil habia ido hácia Pórtici; pero sin duda, añadió, no habrá ido muy léjos, porque á aquella hora era muy peligroso el sol. Este temor, junto con los demas, determinó á Corina, y aunque no llevaba en la cabeza cosa alguna que la resguardase del calor comenzó á andar

á la ventura por la calle. Los anchos empedrados blancos de Nápoles, aquellos empedrados de lava, y colocados allí como para multiplicar el efecto del calor y de la luz, abrasaban su piés, y la deslumbraban con el reflejo de los rayos del sol.

No habia pensado llegar á Pórtici; pero continuaba adelantándose, cada vez con mas velocidad, porque la pena y la inquietud apresuraban sus pasos : nadie parecia en el camino ; en aquellas horas hasta los animales están escondidos, y temen á la naturaleza. El soplo mas leve de viento, ó el carro mas ligero que atraviesa la calzada, llena el aire de un polvo horroroso; los prados cubiertos de él no dan ya idea por su color de vegetacion ni de vida.

De cuando en cuando se sentia Corina próxima á caer, y no encontraba un árbol para apoyarse, y su razon se extraviaba en aquel desierto encendido : ya no le quedaban mas que algunos pasos para llegar al palacio del rey, bajo cuyos pórticos hubiera hallado sombra y agua para refrescarse; pero faltábanle fuerzas; en vano intentaba andar, ya no veia el camino, ocultábaselo un vahido, y le representaba mil luces, aun mas vivas que la del dia; y luego de improviso sucedia á las luces una nube que la rodeaba de oscuridad sin frescura. Abrasábala una sed ardiente; encontró á un lazzarone, única criatura humana que podia exponerse en aquel momento al poder del clima, y le pidió que le buscara

un poco de agua; mas él, viendo sola en medio de un camino, á semejantes horas, á una mujer tan notable por su hermosura, y por la elegancia de sus vestidos, no dudó que estuviese loca, y se apartó de ella con terror.

Por fortuna volvía Osvaldo hácia atrás en el instante mismo, y llegaron á su oído algunos acentos de Corina; corrió á ella fuera de sí, y la recibió en sus brazos al tiempo de caer desmayada; llevóla de aquel modo hasta Pórtici, y la hizo volver en sí á fuerza de cuidados y de cariños.

Luego que le conoció, le dijo, todavía como enajenada: — Me ofrecisteis no ausentarnos, sin mi consentimiento: puedo pareceros ahora indigna de vuestro afecto; pero vuestra promesa ¿por qué la despreciais? — Corina, replicó Osvaldo, jamas se acercó á mi corazón la idea de dejaros; solamente queria reflexionar sobre nuestra suerte, y sosegarme ántes de volveros á ver. — ¡Pues bien! respondió Corina, procurando aparentar tranquilidad, habeis tenido bastante tiempo durante las horas mortales que por poco me cuestan la vida; habeis tenido bastante tiempo; hablad, decidme cuál es vuestra resolucion. — Osvaldo, asustado del sonido de voz de Corina, que descubria su interior agitacion, se arrodilló delante de ella, y le dijo: — Corina, el corazón de tu amigo no se ha mudado; ¿qué he sabido para que perdieses tu encanto? Pero escucha. Y como temblaba con mas violencia, prosi-

guió con afán: — Escucha sin terror á quien no quede vivir sabiendo que eres desventurada. — ¡Ah! exclamó Corina, hablais de mi felicidad; ya no se trata de la vuestra. No rehusó vuestra compasion; ahora la necesito; mas ¿pensais que yo querria vivir de ella sola? — No, los dos viviremos de mi amor, dijo Osvaldo; volveré... — ¡Volvereis! interrumpió Corina, ¡ah! ¿con qué quereis partir? ¿Qué ha sucedido? ¿qué se ha mudado desde ayer? ¡infeliz de mí! — ¡Dulce amiga! no se turbe así tu corazón, repuso Osvaldo, y déjame descubrirte, si puedo, lo que siento; es mucho ménos de lo que temes, mucho ménos; pero es preciso, dijo esforzándose para explicarse, es preciso que conozca las razones que pudo tener mi padre de oponerse, hace siete años, á nuestra union: jamas me habló de esto; lo ignoro todo sobre ese punto; pero su amigo mas íntimo que vive en Inglaterra, sabrá cuáles fueron sus fundamentos. Si, como me figuro, dependió su resolucion de circunstancias poco graves, no importa; te perdonaré haber dejado el país de tu padre y mio; una patria tan noble; esperaré que el amor te vuelva á unir con ella, y que prefieras la felicidad doméstica, y las virtudes sencillas y naturales, al mismo esplendor de tu genio: lo esperaré, lo haré todo: mas si mi padre se hubiese declarado contra ti, Corina, jamas seré esposo de otra; empero tampoco podré serlo tuyo jamas.

Quando acabó de decir estas palabras, corria por

la frente de Osvaldo un sudor helado, y el propio esfuerzo que habia hecho para hablar de aquel modo era tan notable, que Corina, sin pensar mas que en su situacion, tardó algun rato en responderle, y tomándole de la mano, le dijo: — ¡Cómo! ¡partís! ¡vais á Inglaterra, y me dejais! — Osvaldo calló. — ¡Cruel! exclamó Corina desesperada, no respondeis; no os oponéis á lo que os digo. ¡Ah! ¡es, pues, cierto! ¡Ah! decíalo, mas no lo creia. — Gracias á vuestro cuidado, respondió Osvaldo, recobré la vida que iba á perder, y esta vida pertenece á mi patria durante la guerra. Si puedo unirme con vos, no nos separaremos mas, y os restituiré vuestro nombre y vuestra existencia en Inglaterra; mas si se nos niega este destino harto venturoso, volveré á Italia, en haciéndose la paz; estaré largo tiempo en vuestra compañía, y no haré en vuestra suerte otra variacion sino daros un nuevo amigo fiel. — ¡Ah! ¡no hareis variacion en mi suerte, dijo Corina, cuando sois mi único interes en el mundo, cuando he probado esa copa deliciosa que da la felicidad ó la muerte! Pero á lo ménos, decidme, ¿cuándo será vuestra partida? ¿cuántos dias me quedan? — Amada amiga, dijo Osvaldo apretándola contra su corazon, juro que no te dejaré antes de tres meses, y aun entónces, quizá... — Tres meses, exclamó Corina; viviré siquiera todo ese tiempo; es mucho, no esperaba tanto. Vamos, ya me siento mejor; tres meses son un porvenir, añadió con una mezcla de tristeza y de alegría que en-

LA DESPEDIDA DE ROMA Y EL VIAJE, ETC. 119
 terneció hondamente á Osvaldo. — Los dos subieron callando al coche que los llevó á Nápoles.

CAPITULO II

Al llegar encontraron al príncipe de Castel-Forte esperándolos en la posada. Corrió la voz de que lord Nelvil habia dado la mano á Corina, y aunque esta nueva causó mucho pesar al príncipe, vino para cerciorarse personalmente de su verdad, y para reunirse en algun modo con su amiga, aun despues de hallarse enlazada con otro. La melancolía de Corina, el estado de abatimiento en que la veia por primera vez, le dieron suma inquietud; mas no se atrevió á preguntarla, porque parecia evitaba toda conversacion relativa á aquel punto. Hay situaciones en que el alma teme fiarse de nadie, porque una palabra dicha ú oida seria bastante para disipar á nuestros propios ojos la ilusion que nos hace soportar la existencia; y la ilusion en los sentimientos exaltados de cualquiera naturaleza, tiene la particularidad de que nos contemplamos á nosotros mismos, como complaceríamos á un amigo á quien temiésemos afligir desengañándole; ponemos nues-

tro propio dolor bajo el amparo de nuestra propia compasion.

Al dia siguiente, Corina, que era la criatura mas natural del mundo, y no procuraba hacer impresion con su dolor, quiso mostrarse alegre, volver en sí, y aun pensó que el medio mejor para detener á Osvaldo era manifestarse amable, como en otros tiempos; comenzaba, pues, con viveza, á hablar de una cosa interesante; de improviso se apodera de ella la distraccion, y vagaban sus miradas sin objeto. Poseia, en el mas eminente grado la facilidad de explicarse, y ahora vacilaba en la eleccion de las voces, y á veces usaba de una expresion que no tenia conexion alguna con lo que queria decir: entónces se reia ella misma: pero entre aquella risa, se llenaban sus ojos de lágrimas. Osvaldo se afligia de verla padecer por él: procuraba hablarle á sólas; pero ella huía con cuidado todas las ocasiones.

— ¿Qué pretendeis saber de mí? le dijo un dia que instaba por hablarla. Me doy lástima; no hay mas. Tenia alguna vanidad de mi talento, amaba la gloria y los aplausos: hasta la alabanza de los indiferentes era objeto de mi ambicion; ahora, empero, de nada me cuido, y no me ha desengañado de esos vanos placeres la felicidad, sino un mortal desaliento. No os culpe; nace de mí, ¡acaso le venceré al fin! pasan tantas cosas dentro del alma que no podemos prever ni dirigir; pero os hago justicia, Osvaldo: padeceis por mi, ya lo veo. Y yo

tambien os tengo compasion; ¿por qué este sentimiento no ha de convenirnos á los dos? ¡Ay! puede dirigirse á cuanto respira, sin exponerse á errar muchas veces.

Osvaldo no era entónces ménos desgraciado que Corina: la amaba con extremo: pero su historia habia ofendido su modo de pensar y sus cariños antiguos. Parecíale que su padre lo habia previsto y determinado todo para él de antemano, y que despreciaria sus consejos si tomaba por esposa á Corina: no obstante, no podia renunciar á ella y se encontraba nuevamente sumergido en las mismas dudas, de que esperó salir cuando supiese la suerte de su amiga. Ella, por su parte, no habia deseado unirse en matrimonio con Osvaldo; y si se hubiera creido segura de que no la dejaria nunca, no habria necesitado nada mas para ser dichosa; pero le conocia bastante para saber que él no comprendia la felicidad sino en la vida doméstica, y que si renunciaba á ser su esposo habia precisamente de ser amándola ménos. La partida de Osvaldo para Inglaterra le parecia una señal de muerte; sabia cuánto influjo tenian en él las costumbres y las opiniones de aquel país; en vano proyectaba pasar su vida con ella en Italia; no dudaba que volviéndose á hallar en su patria, se le haria odiosa de nuevo la idea de dejarla: en fin veia que todo su poder dimanaba de su atractivo; ¿y qué es este poder en la fantasía, cuando sitian por todas partes la fuerza y

la realidad de un órden social, tanto mas dominador cuanto se funda en ideas nobles y puras?

Corina, antormentada de estas reflexiones, habria deseado tener algun imperio sobre su pasion á Osvaldo. Procuraba hablar con el príncipe de Castel-Forte de los objetos que siempre la interesaron, la literatura y las bellas artes; pero cuando entraba Osvaldo en el aposento, la dignidad de su semblante, una mirada melancólica que lanzaba á Corina como si le dijese: *¿por qué quieres renunciar á mi?* destruía todos sus proyectos. Veinte veces quiso Corina decir á lord Nelvil que su irresolucion la ofendia, y que estaba resuelta á separarse de él; pero le veía, ora apoyar la cabeza en la mano como un hombre oprimido de sentimientos dolorosos, ora respirando con pena, ó suspenso á la orilla del mar, ó alzando los ojos al cielo cuando se oían sonidos armoniosos; y aquellos movimientos tan sencillos, cuya magia solo ella conocia, trastornaban al punto todos sus esfuerzos. El acento, la fisonomía, cierta gracia en cada ademan, descubren al amor los secretos mas íntimos del alma, y quizá un carácter, aparentemente frio como el de lord Nelvil, no podia manifestarse sino á la que amaba; la imparcialidad no adivina nada, y solo puede juzgar de lo que se ostenta. Corina, en el silencio de la reflexion, intentaba en vano lo que otros tiempos la habia servido, cuando pensaba amar; llamaba en su favor su talento observador que discernia fácilmente las

faltas mas leves; procuraba excitar su imaginacion á que le represente á Osvaldo con facciones ménos seductoras; mas no tenia cosa alguna que no fuese noble, tierna y sencilla; y ¿cómo habia de deshacer á sus propios ojos el encanto de un carácter y de un entendimiento tan perfectos y tan naturales? Solo el fingimiento puede dar lugar á que el corazon se despierte de improviso, admirándose de haber amado.

Por otra parte, Osvaldo y Corina tenian una simpatía particular y de gran poder; no eran sus inclinaciones las mismas, rara vez convenian en sus opiniones, y no obstante, allá en lo hondo de su alma habia misterios parecidos, sentimientos dimanados de un propio origen; en fin, no sé qué semejanza secreta que suponía la misma naturaleza, si bien todas las circunstancias exteriores la habian modificado de diversa manera. Corina advirtió, pues, no sin temor, que aumentaba su pasion á Osvaldo, observándole de nuevo, juzgándole menudamente, y luchando con violencia contra la impresion que hacia en su alma.

Ofreció al príncipe de Castel-Forte volver á Roma en su compañía; y lord Nelvil conoció queria evitar ir sola con él: entristeciése, pero no se opuso; ignoraba ya, si lo que podia hacer por Corina bastaba para su felicidad, y le intimidaba este pensamiento. Sin embargo, Corina hubiera deseado que rehusase por compañero de viaje al príncipe de

Castel-Forte; mas no lo dijo: su situacion no era ya sencilla como en otros dias; no disimulaban aun, y no obstante Corina proponia lo que hubiera deseado que Osvaldo negase, y ya se habia mezclado la inquietud en un afecto que, por espacio de seis meses, les dió cada dia una felicidad casi pura.

Al volver por Capua y por Gaeta, al ver otra vez aquellos mismos sitios que poco ántes habia atravesado con tanto deleite, sentia Corina un recuerdo amargo. Aquella hermosísima naturaleza que en vano la llamaba ahora á la felicidad, redoblaba su tristeza; porque cuando aquel cielo delicioso no desvanece el dolor, hace padecer mas, por la oposicion de su expresion risueña. Llegaron á Terracina por la noche, con un frescor suavísimo, y el propio mar rompía sus olas contra las mismas peñas. Corina desapareció despues de cenar: Osvaldo, no viéndola volver, salió sobresaltado, y su corazon, como el suyo á Corina, le guió hácia el sitio donde descansaron cuando iban á Nápoles. Divisó desde léjos á Corina, arrodillada delante de la peña en que se habian sentado; y vió, mirando á la luna, que estaba cubierta de una nube, como dos meses ántes á la misma hora. Corina, al acercarse Osvaldo, se levantó, y le dijo enseñándole aquella nube: — ¿Hacia yo bien de creer en el presagio? Pero no es verdad que hay compasion en el cielo? me avisaba de lo venidero, y hoy ya lo estais viendo, lleva luto por mí.

« Osvaldo, no olvideis observar si pasa esa misma nube por la luna cuando yo muera. — ¡Corina, Corina! exclamó lord Nelvil, ¿he merecido que me hagais espirar de dolor? Felizmente podeis lograrlo, os lo afirmo, hablad de esa manera otra vez, y me vereis caer sin vida á vuestras plantas. Pero ¿cuál es mi delito? Vos sois una persona independiente de la opinion por vuestro modo de pensar; vivís en un país donde nunca es severa, y aun cuando lo fuese, vuestro genio os hace reinar sobre ella. Quiero, en todos lances, pasar mis dias junto á vos; quiérola: ¿de qué procede vuestro dolor? Si no pudiese ser vuestro esposo, sin agraviar una memoria que reina igual á vos en mi alma, ¿no me amárais bastante para hallar ventura en mi cariño, en la consagracion de todos los instantes de mi vida? — Osvaldo, repuso Corina, si creyese que nunca nos separaríamos, no desearia ninguna otra cosa; pero... — ¿No está en vuestro poder el anillo, prenda sagrada?... — Os le volveré, respondió ella. — No, jamas. — ¡Ah! sí, os le volveré, prosiguió Corina, cuando deseeis recobrarle; y si no me amais, ese mismo anillo me lo dirá. ¿No nos enseña una antigua creencia que el diamante es mas fiel que el hombre, y se empaña cuando nos hace traicion quien nos le dió? (1) — Corina, dijo Osvaldo, ¿os atreveis á

(1) La preocupacion de la fantasía que persuade á Corina que el diamante avisa de la traicion, se halla apoyada en una tradicion antigua, recordada en una comedia de Calderon. El

hablar de traicion? vuestro sentido se enajena; ya no me conoceis. — ¡Perdon, Osvaldo, perdon! exclamó Corina; en las pasiones profundas se halla dotado el corazon improvisamente de un instinto portentoso, y las penas se hacen oráculos. ¿Qué quiere decir, pues, esta palpitacion dolorosa que agita mi pecho? ¡Ay! amigo, no la temiera si solo anunciase mi muerte.

Acabando estas palabras se ausentó precipitadamente Corina: temia hablar mucho tiempo con Osvaldo; no se complacia en el dolor, y procuraba alejar las impresiones de tristeza; pero volvian con mayor violencia despues que las habia ahuyentado. Al otro dia, cuando pasaron las lagunas pontinas, tuvo Osvaldo con su amiga aun mayores cuidados

príncipe D. Fernando de Portugal se dirige al rey de Fez, de quien es prisionero: quiso mas morir en cadenas que entregar á un rey moro una ciudad cristiana, que su hermano el rey Eduardo ofrecia por su rescate. Irritado el Moro de esta accion, le trató con la mayor crueldad, y el noble príncipe para aplacarle le recuerda que la misericordia y la generosidad son los distintivos verdaderos del poder soberano: cítele cuanto hay real en el universo; al leon, al delfin, al águila, de los animales; busca tambien en las plantas, y aun en las piedras, los caracteres de bondad natural que se atribuyen á las que reinan, al parecer, sobre las demas, y entónces dice que el diamante, capaz de resistir al hierro, se rompe por sí mismo, y se vuelve polvo para avisar al que le lleva cuando le amenaza la traicion. No puede decirse si es verdadero este modo de considerar á toda la naturaleza enlazada con los sentimientos y el destino humano; pero sí es muy cierto que agrada á la imaginacion, y que la poesía en general, y en particular los poetas españoles, le deben grandes bellezas.

que la primera vez; recibiólos ella con dulzura y gratitud, pero como que decian sus miradas: *¿por qué no me dejais morir?*

CAPITULO III

¡Qué desierta parece Roma viniendo de Nápoles! Éntrase por la puerta de San Juan de Latran; atraviéanse calles solitarias: el ruido de Nápoles, su poblacion, la viveza de sus habitantes acostumbran á cierto movimiento que al pronto hace á Roma muy triste; agrada de nuevo despues de estar allí algun tiempo; pero quien está acostumbrado á la vida de las distracciones, siempre siente melancolía cuando entra en sí mismo, aunque se encontrase mejor. Por otra parte, la mansion de Roma en la estacion en que se hallaban, á fines de julio, es muy peligrosa: el mal aire hace inhabitables muchos barrios, y el contagio se derrama á veces sobre toda la ciudad. Aquel año, en especial, eran las zozobras mayores de lo acostumbrado, y todos los semblantes llevaban la estampa de un secreto terror.

Al llegar, encontró Corina en el mismo umbral de la puerta á un religioso que le pidió licencia para